

Año de
1520.

brillantes de su talento para mandar. Así es como por una serie de circunstancias tan extraordinarias como felices evitó Cortés su pérdida, y se vió, en el momento en que menos podia esperarlo, á la cabeza de mil Españoles prontos á seguirle á donde quisiera llevarlos. Al considerar la facilidad con que obtuvo esta importante victoria, y la prontitud y unanimidad con que los soldados de Narvaez abrazaron el partido de su rival, es imposible no atribuir estos acontecimientos á las intrigas de Cortés tanto como á sus armas, y á la traicion de los compañeros de Narvaez tanto como al valor de su enemigo (1).

La fortuna y habilidad de Cortés se echan igualmente de ver en los sucesos posteriores. Si despues de su salida de Méjico no hubiese puesto en sus marchas y operaciones toda la celeridad de que acabamos de hablar, su victoria, tan decisiva como fué, no habria salvado los Españoles que habia dejado en la capital. Pocos dias despues de la derrota de Narvaez, recibió aviso de que los Mejicanos habian tomado las armas y destruido los dos bergantines que habia hecho construir para enseñorearse de los lagos; que habian atacado á los Españoles en su cuartel; que despues de haber muerto algunos y herido á otros, habian abrasado sus almacenes y llevado adelante su ataque con tal furor, que aunque Alvarado y los suyos se de-

(1) Cortés, *Relat.* 242. D. B. Diaz, *cap.* 110, 125. Herrera, *dec. II, lib. IX, cap.* 18, etc. Gomara, *Crón. cap.* 97, etc.

Año de
1520.

fendieran con el mayor valor, estaban en vísperas de perecer por la hambre, ó de sucumbir á la multitud de sus enemigos. Los motivos que habian escitado esta sublevacion la hacian aun mas grave. A la salida de Cortés para Zempoala se lisonjearon los Mejicanos con que la ocasion, esperada tanto tiempo habia, de dar libertad á su monarca y de arrojar del pais la tiranía de los estrangeros, habia llegado por fin; y que miéntras las fuerzas de sus opresores estuviesen divididas y sus ejércitos peleando uno contra otro, seria mas fácil destruir los dos partidos. Con este objeto, los Indios tenian reuniones y formaban planes; y los Españoles que permanecian en Méjico, conociendo su propia debilidad, estaban rodeados de sospechas y temores. Alvarado, aunque buen oficial, no tenia el talento ni la dignidad que dieran á Cortés tanto ascendiente sobre el ánimo de los Mejicanos, y que los habian impedido formar una justa idea de su fuerza y de su debilidad: este comandante no conocia otros medios que el rigor; en lugar pues de servirse de la maña para desconcertar los proyectos ó suavizar el encono de los Indios, esperó la ocasion de una de sus fiestas solemnes; y miéntras que segun costumbre los ciudadanos mas distinguidos del imperio estaban reunidos para bailar en el atrio del templo mayor, se apoderó de todas las avenidas que conducian á él, é incitado por la riqueza de los adornos con que los Mejicanos se habian engalanado en honor de sus dioses, y por la facilidad de acabar de un solo golpe con los autores

Año de
1520.

de la conspiracion que temia, aprovechó el momento en que estaban desarmados y sin desconfianza, para asesinar un gran número de ellos: de modo que solo se salvaron los que pudieron escapar por los techados de los edificios contiguos al templo. Tal perfidia y crueldad inflamaron la indignacion y el furor de los Mejicanos no solamente en la capital, sino en todo el imperio: todos se escitaban mutuamente á la venganza, y arrojando el peligro que amenazaba á su soberano mientras estuviere en poder de los Españoles, y el que corrían ellos mismos atacando á un enemigo que les inspiraba hacia mucho tiempo tanto terror, habian empezado la furiosa embestida de que Cortés recibía la noticia.

El riesgo pareció bastante urgente al general para permitirle deliberacion ó demora. Marchó inmediatamente de Zempoala con todas sus fuerzas, y con la misma celeridad que habia traído cuando vino á atacar á Narvaez. En Tlascala se le reunieron dos mil guerreros escogidos; pero al entrar en el territorio de Méjico, conoció que el odio á los Españoles no estaba todo circunscripto á la capital. Los principales habitantes de las ciudades por donde pasaba las habian abandonado; ninguna persona de distincion se presentaba á recibirle con las demostraciones de respeto que le habian dispensado hasta entónces; sus tropas no encontraban provisiones preparadas; y, aunque nada se opusiese á su marcha, la soledad y el silencio que reinaban generalmente,

Año de
1520.

y el horror con que el pueblo parecia evitar toda relacion con los Españoles, eran muy propios para darle cuidado. Mas los Mejicanos, á pesar del odio de que estaban animados, eran tan ignorantes en el arte de la guerra, que no sabian tomar medida alguna eficaz para su propia seguridad, ó contra sus enemigos. La esperiencia misma no los habia hecho mas avisados sobre el tamaño de la falta que cometieron admitiendo á los Españoles en su capital; y en lugar de cortar las calzadas y puentes para estrechar á Alvarado y para detener á Cortés en su marcha, le dejaron entrar en la ciudad sin obstáculo alguno, y tomar pacíficamente posesion de su antiguo puesto.

24 de
Junio.

Son inesplicables los arrebatos de gozo con que Alvarado y sus soldados recibieron á sus compatriotas, pues se veian libres de un riesgo inminente, y reforzados por compañeros que acababan de obtener una victoria señalada. Este acontecimiento envaneció tanto á unos y á otros, que el mismo Cortés, engreído y olvidado entónces de la prudencia y de la urbanidad que le eran ordinarias, no solamente desdeñó visitar á Moctezuma, sino que añadió á este insulto espresiones del mayor desprecio por este infortunado príncipe y por toda su nacion. Las fuerzas que mandaba le parecian invencibles, y se creyó en estado de tomar un tono altivo, y de quitar la máscara de moderacion con que hasta aquel tiempo habia ocultado sus designios. Algunos Mejicanos que habian aprendido un poco de la lengua española, entendieron el len-

Año de 1520. guage insultante de Cortés, y escitáron la indignacion de sus compatriotas refiriendosele: entónces se convencieron de que las intenciones del general eran tan sanguinarias como las de Alvarado, y que su proyecto al entrar en su pais no habia sido, como dijo siempre, el de hacer alianza con su soberano, sino el de conquistar el imperio. En este supuesto, volviéron á tomar las armas con mas furor que nunca; y atacando una partida bastante considerable de Españoles en su marcha, ácia la plaza mayor del mercado, los obligáron á retirarse con alguna pérdida. Alentados con este suceso, y persuadidos ya de que sus opresores no eran invencibles, marcháron al día siguiente con toda la pompa guerrera á atacarlos en sus cuarteles. Su mucho número y su grande valor eran capaces de inspirar terror; y aunque la artillería dirigida á la embocadura de las calles que ocupaban los Indios llevaba un gran número de ellos á cada descarga, y aunque para unos hombres desnudos cada golpe dado por los Españoles era mortal, la impetuosidad del ataque no aflojaba por eso: nuevos combatientes se presentaban á ocupar la plaza de los muertos, y pereciendo á su vez eran reemplazados por otros tan intrépidos como ellos, y tan deseosos de venganza. Cortés, á pesar de todos sus esfuerzos y de toda su habilidad, y á pesar del brio y de la disciplina de sus tropas, tuvo mucho trabajo en impedir que el enemigo forzase sus cuarteles.

Este general vió con sorpresa este pueblo que

Año de 1520. parecia acostumbrado al yugo, y que le habia sufrido tanto tiempo sin resistencia, mudado en feroz é implacable ácia sus vencedores. Los soldados de Narvaez, que se habian imaginado demasiado ligeramente que seguian á Cortés para tener parte en los despojos de un imperio ya conquistado, quedáron asombrados al verse comprometidos en una guerra peligrosa con un enemigo cuyo vigor no estaba debilitado aun, y se arrepintiéron amargamente de su crédula confianza en las engañosas promesas de su nuevo gefe (1). Pero ni la sorpresa ni las quejas eran útiles en adelante: se necesitaba, sí, un esfuerzo extraordinario y pronto para poder salir de aquella situacion peligrosa. Luego que los Mejicanos cesáron en sus hostilidades al acercarse la noche, segun su costumbre, Cortés se preparó á hacer una salida que pudiese, ó forzar al enemigo á abandonar su empresa, ú obligarle á que viniese á un acomodamiento.

Se puso pues al frente de las tropas que debian verificar la salida, y practicó todas las estratagemas del arte de la guerra conocidas entónces en Europa, y todas las que le sugirió la esperiencia que tenia del modo de combatir á los Indios; mas siempre encontró los Mejicanos preparados, y en estado de oponerle todas sus fuerzas. Tropas frescas llegaban continuamente á Méjico de todas las provincias, y esto fortificaba su valor: con-

(1) B. Diaz, cap. 126.

Año de
1520.

ducidas por sus nobles, é inflamadas con las exhortaciones de sus sacerdotes, combatian por la defensa de sus templos y de sus familias, á la vista de sus dioses, de sus mugeres y de sus hijos. A pesar de su número, y del desprecio de la muerte que les inspiraba el entusiasmo, en cualquiera punto en que los Españoles podian alcanzarlos, no resistian á la superioridad de la disciplina y de las armas europeas; pero en las calles estrechas y en los parages en que los puentes de comunicacion habian sido cortados, los Españoles se hallaban espuestos á nubes de flechas y de piedras arrojadas de lo alto de las casas. El combate habia durado un dia entero; un prodigioso número de Mejicanos habian sido muertos, y quemada mucha parte de la ciudad, cuando los Españoles, cansados de la matanza y apretados sin intermision por nuevos combatientes que reemplazaban á los primeros, se viéron forzados á retirarse con el dolor de no haber hecho una cosa bastante decisiva para compensar la desventaja poco comun de haber tenido doce soldados muertos y sesenta heridos. Otra salida con mayores fuerzas no fué mas feliz, y en esta última el mismo general fué herido en la mano.

Cortés conoció entónces, aunque muy tarde, el error en que le habia hecho incurrir su desprecio por los Mejicanos, y se convenció de que no podia mantenerse en el puesto que ocupaba en medio de una ciudad enemiga, ni retirarse sin correr el mayor peligro. Un recurso le quedaba

Año de
1520.

solamente: Moctezuma podia calmar el furor de los Mejicanos por su mediacion ó por su autoridad. El dia siguiente por la mañana, luego que volvió á comenzar el asalto, este desgraciado príncipe, á merced de los Españoles y reducido á ser el instrumento de su propio deshonor y de la esclavitud de su nacion (1), se presentó sobre la muralla adornado de sus vestiduras reales y con toda la pompa que acostumbraba ostentar en las funciones solemnes. A la vista de su soberano, que honraban y respetaban casi como á una divinidad, los Mejicanos dejaron caer las armas de las manos, y guardaron un profundo silencio, prosternandose muchos é inclinando todos la cabeza. Moctezuma les dirigió un discurso en que se esforzaba en calmar su furor, y trataba de obligarlos á que cesasen en sus hostilidades. Apénas acabó de hablar, cuando un mormullo de descontento se hizo entender, el cual fué seguido de vituperios y amenazas: luego al instante su furor se aumentó hasta el punto de hacerles olvidar el respeto que habian manifestado al principio á su Emperador. Las flechas y las piedras comenzaron á volar de nuevo en tanto número y con tal violencia, que ántes que los soldados españoles, encargados de cubrir á Moctezuma con sus escudos, tuviesen tiempo de levantarlos, el desgraciado monarca fué herido de algunas flechas, y tocado en la sien con una piedra que le derribó en tierra. Los Me-

(1) Vease la Nota 21.

Año de
1520.

mejicanos viendo caer, se espantaron tanto que por una de estas mudanzas bastante comunes en las conmociones populares, pasaron repentinamente del un extremo al otro. El remordimiento sucedió al insulto: huyeron todos aterrorizados del crimen que acababan de cometer, y persuadidos de que la venganza celeste iba á descargar sobre ellos. Los Españoles llevaron á Moctezuma á su habitacion, y Cortés se apresuró á consolarle en su infortunio; mas este príncipe, viendo entonces el abismo de humillacion en que habia caído, y recobrando la grandeza de alma que parecia haberle abandonado tanto tiempo hacia, no quiso sobrevivir á esta última afrenta, ni alargar una vida vergonzosa desde que habia llegado á ser no solamente prisionero de los Españoles, é instrumento, entre sus manos, de la esclavitud de su pueblo, sino tambien objeto del desprecio y del odio de sus propios vasallos. Transportado de furor, rasgó el aparato que habian puesto en sus heridas, y rehusó con tanta obstinacion tomar alimento alguno, que terminó pronto sus dias, despreciando todas las sollicitaciones hechas por los Españoles para que abrazase la religion cristiana.

La muerte de Moctezuma hizo perder á Cortés toda esperanza de acomodamiento con los Mejicanos: vió su salvacion únicamente en la retirada, y comenzó á disponerla; pero un nuevo movimiento de los Mejicanos le obligó á nuevos combates. Tomaron estos posesion de una torre alta

Año de
1520.

del templo grande que dominaba el cuartel de los Españoles, y colocaron en ella una tropa de sus mejores guerreros: ningun Español podia ponerse á descubierto sin estar espuesto á sus tiros: era pues necesario á cualquiera precio echar de allí los Indios; y Juan de Escobar, con un numeroso destacamento de soldados escogidos, fué encargado de esta operacion. Mas Escobar, aunque valiente por sí, y aunque al frente de hombres acostumbrados á vencer, y combatiendo á la vista de sus compatriotas, fué rechazado tres veces. Conociendo Cortés que la conservacion de su ejército dependia del éxito de este asalto, se hizo atar al brazo el escudo, que la herida le impedia tener con la mano, y se arrojó á lo mas fuerte del choque. Animados los Españoles con la presencia de su general, volvieron á la carga con tal denuedo que llegaron gradualmente hasta lo alto de la torre, y rechazaron á los Mejicanos hasta la plataforma que cubria su remate, en donde comenzó una terrible matanza. Dos jóvenes Mejicanos reconociendo á Cortés que con su voz y ejemplo animaba á sus soldados, resolvieron sacrificar su propia vida por hacer perecer al autor de las calamidades de su patria. Se acercaron á él en una postura humilde, como si tratasen de rendir las armas, y arrojandosele al cuerpo, le arrastraron ácia las almenas de donde se precipitaron, esperando llevarle tras sí; pero la fuerza y la agilidad de Cortés le libraron de sus manos, y estos valientes jóvenes perecieron en esta ten-

Año de 1520. *tativa generosa é inútil para la libertad de su pais. Luego que los Españoles se apoderaron de la torre, la pusieron fuego y continuaron los preparativos de su retirada.*

Esta era tanto mas necesaria quanto que los Mejicanos asombrados de este último esfuerzo de valor de los Españoles comenzaban á mudar de plan; y en lugar de continuar sus ataques, barreaban las calles y rompian las calzadas para cortar la comunicacion con el continente, y reducir por hambre un enemigo que no podian forzar. Los Españoles deliberaron al principio si emprenderian su marcha de dia, á fin de poder reconocer los peligros, arreglar los movimientos, y oponer una resistencia bien concertada á las embestidas del enemigo, ó si intentarían retirarse durante la noche. Se prefirió este último partido, tanto por la esperanza de que la supersticion ordinaria de los Mejicanos les impediria maniobrar durante la noche, quanto por un efecto de la confianza de las tropas en las predicciones de un soldado, que teniendo mucho crédito entre sus camaradas por algunos conocimientos superficiales y por su ciencia astrológica, les prometia un feliz resultado si escogian este tiempo para su retirada. Pusieronse pues en marcha ácia la media noche, en tres divisiones. Sandoval mandaba la vanguardia, Alvarado y Velazquez de Leon la retaguardia, y Cortés el centro, en donde iban los prisioneros, entre los cuales estaban un hijo y dos hijas de Moctezuma, y algunos Mejicanos de distincion.

Año de 1520. *La artillería marchaba tambien en el centro, con los bagages, y un puente volante de madera para atravesar las cortaduras de las calzadas. Se tomó la direccion con el mayor silencio por la calzada que iba á Tacuba, porque por allí estaba la ciudad menos distante del continente, y porque siendo la mas apartada del camino de Tlascala y del mar, los Mejicanos la habian maltratado menos que las otras. Los Españoles marcharon por ella sin ser inquietados hasta el primer punto en que estaba cortada, lisonjeandose con que el enemigo no habia advertido su retirada.*

Mas los Mejicanos, sin dejarse ver, habian no solamente seguido todos los movimientos de los Españoles, sino tambien preparados un terrible ataque. Mientras estos se ocupaban en echar su puente, y en hacer pasar los caballos y la artillería, fueron repentinamente asustados por el sonido de una multitud de instrumentos guerros, y por los gritos de un gran número de enemigos. El lago se cubrió de canoas; las piedras y flechas llovian de todas partes; los Mejicanos se precipitaban sobre sus enemigos con furor, esperando vengarse por fin de todo quanto habian sufrido; y el puente de madera se sumió de tal modo con el peso de la artillería, que fué imposible desembarazarle. Turbados por este accidente, los Españoles avanzaron con precipitacion ácia la segunda cortadura hecha en la calzada; pero, aunque se defendiesen con su valor ordinario, apretados en un estrecho paso, su disciplina

Año de
1520.

y su habilidad eran un débil recurso, mientras que la oscuridad de la noche les hacia perder la mayor parte de la ventaja que les daba la superioridad de sus armas.

Todos los habitantes de Méjico habian salido en persecucion de sus opresores, y con tal ardor que los que no podian acercarse hacian adelantar á sus compatriotas ácia el enemigo con una violencia terrible. Nuevos guerreros reemplazaban sin cesar á los que caian: los Españoles, cansados de ia matanza y no pudiendo ya sostener mas tiempo el esfuerzo del torrente que venia contra ellos, comenzaron á ceder: el desórden se hizo general en un momento; caballeros y gentes de á pié, oficiales y soldados, amigos y enemigos, se encontraron mezclados unos con otros; y combatiendo todos, los que perecian apénas podian distinguir la mano que les daba el último golpe.

Cortés, con cerca de cien hombres de su infantería y algunos soldados de á caballo, vino á cabo de pasar las dos últimas cortaduras de la calzada por encima de los cuerpos muertos que las llenaban, y puso el pié en tierra firme: los formó en batalla á medida que iban llegando; volvió con los que aun podian combatir para proteger la retirada de los que habian quedado atras, y animaba á todos con su presencia y con su ejemplo. Recogió de este modo una parte de los suyos que habian podido pasar por enmedio del enemigo; el resto habia sido oprimido por la multitud, ó ahogado en el lago, y tuvo el amargo dolor de oír los

Año de
1520.

gritos y lamentos de los que hechos prisioneros eran llevados en triunfo para ser sacrificados al dios de los Mejicanos. Antes de amanecer, todos los que habian podido escapar se encontraron reunidos en Tacuba; pero cuando la alba hizo ver á Cortés las tristes reliquias de sus tropas, disminuidas de mas de una mitad, desalentadas, y cubierto de heridas el mayor número de los que quedaban, la idea de lo que habian sufrido, y el recuerdo de los bravos amigos y fieles compañeros que acababa de perder en esta noche de dolor (1), penetraron su alma de tan vivos tormentos, que las lágrimas caian de sus ojos al tomar sus disposiciones y al dar algunas órdenes necesarias; y sus soldados viéron con mucha satisfaccion que las ocupaciones que exigian los deberes de su puesto no cerraban su alma á los sentimientos de la humanidad.

Esta fatal retirada costó la vida á muchos oficiales de distincion (2), y entre otros á Velazquez de Leon, que habiendo abandonado el partido de su pariente el gobernador de Cuba por seguir la suerte de sus compañeros, era mirado como la segunda persona del ejército, tanto por el sacrificio que habia hecho quanto por su mérito sobresaliente. Perdiéron los Españoles toda la artillería, asi como las municiones y el bagage; murieron casi todos los caballos, y mas

(1) En Méjico, se le da aun el nombre de *Noche triste*.

(2) Vease la Nota 22.

Año de 1520. de dos mil Tlascaltecas, y solo pudieron salvar una muy corta porción de los tesoros reunidos con tantos trabajos. Estas mismas riquezas, objeto casi único de su expedición, habían sido la causa principal de su desgracia; porque muchos soldados estaban tan cargados de oro, que les fué imposible combatir, y atrasados en la retirada perecieron víctimas de una codicia tan inconsiderada como vergonzosa. Entre estos desastres, fué un consuelo para los Españoles el que Aguilar y Doña Marina, que les eran tan necesarios como intérpretes, hubiesen podido escapar á tantos peligros (1).

El primer cuidado de Cortés fué buscar un asilo para sus tropas abrumadas de fatiga, porque no podía mantenerse en el punto que ocupaba, á causa de que los Mejicanos le estrechaban por todas partes, y los habitantes de la provincia de Tacuba comenzaban á tomar las armas. Dirigió su marcha ácia un terreno elevado, en el que habiendo descubierto afortunadamente un templo, se apoderó de él: halló allí no solamente el abrigo que buscaba, sino tambien algunas provisiones de boca que no le eran menos necesarias. El enemigo continuó atacandole durante todo el día, pero no tuvo pérdida alguna; sin embargo reunió sus oficiales para tratar de elegir el camino que debía seguirse en la retirada. Los Es-

(1) Cortés, *Relat.* p. 248. B. Diaz, *cap.* 128. Gomara, *Crón.* cap. 109. Herrera, *decad.* II, lib. X, cap. 11, 12.

pañoles se hallaban entónces al oeste del lago; Año de 1520. y Tlascala, único punto en donde podían esperar ser bien recibidos, distaba sesenta y cuatro millas al este de Méjico (1): de manera que necesitaban dar la vuelta por el extremo del norte del lago, para entrar en el camino que iba á aquella ciudad. Un soldado tlascalteca se ofreció á servirles de guía, y los condujo por un país pantanoso unas veces, montañoso otras, mal cultivado y poco poblado. Seis días caminaron casi sin detenerse y rodeados de crueles inquietudes: numerosos cuerpos de Mejicanos los estrechaban continuamente, ó de lejos con flechas, ó formándose en pelotones y atacando á un mismo tiempo por vanguardia, por los flancos y por retaguardia, con la mayor audacia, porque acababan de ver que estos estrangeros no eran invencibles. Tantas fatigas y peligros no eran el mayor de los males que sufrían los Españoles: el país que atravesaban no les proporcionaba socorro alguno; estaban reducidos á mantenerse con frutas silvestres, raices, y cañas de maiz verde aun: la hambre debilitaba su valor y disminuía su brio, mientras que su situación exigía esfuerzos extraordinarios de corage y de actividad. En medio de estos apuros, se veían sostenidos y animados por la firmeza de su gefe: su presencia de espíritu jamas le abandonó; todo lo preveía con maravillosa sagacidad, y su vigilancia hacia frente

(1) Villa Señor, *Teatro Americano*, lib. II, cap. 11.

Año de
1520.

á todo: era el primero en esponerse al peligro, y sobrellevaba las fatigas con serenidad. Las dificultades parecian servir á hacerle desplegar nuevos talentos; y sus soldados, que sin él perdieran la esperanza de salvarse, continuaban siguiendole con una confianza que se aumentaba de dia en dia.

Al sexto de su marcha llegaron á Otumba, cerca del camino que va de Méjico á Tlascala. Al amanecer se pusieron en marcha, inquietados siempre por sus enemigos á retaguardia. Entre los insultos con que acompañaban sus hostilidades notó Doña Marina que repetian frecuentemente: « Andad, bandidos, andad al punto en que pronto » encontraréis el castigo de vuestros crímenes. » Los Españoles no comprendieron el sentido de esta amenaza hasta que llegaron á una altura que estaba encima del camino, desde donde descubrieron una vasta llanura, cubierta por un ejército inmenso que se estendia quanto podia alcanzar la vista. Los Mejicanos, mientras que un cuerpo de tropas fatigaba á los Españoles en su retirada, habian reunido todas sus principales fuerzas á la otra parte del lago, y siguiendo la direccion del camino de Méjico á Tlascala, se apostaron en el valle de Otumba, por donde Cortés debia pasar necesariamente. A la vista de esta espantosa multitud de enemigos, que la elevacion del terreno les proporcionaba ver toda entera, los Españoles quedaron aterrados, y aun los mas valientes comenzaron á perder la esperanza; pero Cortés, sin

Año de
1520.

dar tiempo á que el temor se fortificase con la reflexion, despues de haberles manifestado en pocas palabras la necesidad en que estaban de vencer ó morir, les guió al combate. Los Mejicanos los esperaron con una firmeza extraordinaria; sin embargo, la superioridad de la disciplina y de las armas de los Españoles era tal, que el impulso de su reducida tropa derribaba quanto encontraba por delante, y á cualquiera parte á que se dirigiese destruía y disipaba los batallones mas numerosos. Es verdad que mientras estos se dispersaban, otros los reemplazaban sin intermision; y los Españoles, aunque victoriosos en cada uno de estos pequeños combates, estaban próximos á sucumbir á la fatiga que les causaban tan repetidos esfuerzos, sin prever el fin de sus trabajos, y sin poder esperar obtener una victoria general. En este momento crítico, Cortés vió que se avanzaba el grande estandarte del imperio que se traía delante del general mejicano; y acordandose felizmente de haber oido decir que el destino de las batallas en esta nacion dependia de la suerte de este estandarte, reune un corto número de sus mas valientes oficiales cuyos caballos estaban aun capaces de servir, ponese á su frente, y derriba impetuosamente quanto encuentra por delante. Una tropa escogida de nobles que guardaban el estandarte hizo alguna resistencia, pero fué dispersada desde luego: Cortés hirió de un bote de lanza al general mejicano, y le arrojó en tierra; y un Español apeandose de su caballo acabó

Año de 1520. de matarle, y se apoderó de la insignia imperial. Luego que el general fué muerto, y que el estandarte, á que todos miraban, dejó de verse, un terror pánico sorprendió á los Mejicanos, y como si el lazo que los tenia reunidos hubiese sido roto, todas las banderas se rindiéron, cada soldado arrojó sus armas, y todos huyéron precipitadamente ácia las montañas. Los Españoles, demasiado fatigados para poder perseguirlos muy lejos, se volviéron á recoger los despojos que habian quedado en el campo de batalla. Estando formado el ejército de los principales guerreros de la nacion, que se habian adornado con sus mas preciosos ornamentos como si marchasen á una victoria segura, el botin fué bastante grande para resarcir en parte á Cortés y á sus gentes de la pérdida que habian hecho en su retirada de Méjico. El día siguiente por la mañana, con gran satisfaccion de todos, entráron en el territorio de los Tlascaltecas (1).

8 de Julio. Mas en medio del gozo que sentian por haber salido de un país en que se veian rodeados de enemigos, no dejaba de inquietarles la idea del modo con que podrian ser recibidos de sus antiguos aliados, á cuyos hogares volvian en un estado muy distinto del que tenian cuando poco tiempo ántes salieron de ellos. Felizmente para los Castellanos el odio de los Tlascaltecas contra los Mejicanos

(1) Cortés, *Relat.* p. 219. B. Díaz, *cap.* 128. Gomara, *Crón.* *cap.* 116. Herrera, *decad.* II, *lib.* X, *cap.* 12, 13.

Año de 1520. era tan inveterado, el deseo de vengar la muerte de sus compatriotas tan ardiente, y el ascendiente que Cortés habia adquirido sobre los gefes de la república tan absoluto, que lejos de pensar en sacar ventajas de la infeliz situacion en que veian á los Españoles, los recibieron con un afecto y con tal cordialidad, que dispáron muy pronto todos sus temores.

Los Españoles tenian la mayor necesidad de descansar, y de hallar socorros no solamente para curar sus heridas descuidadas mucho tiempo habia, sino para restablecer sus fuerzas agotadas con tantas fatigas y sufrimientos. Cortés supo entonces que sus tropas no eran las únicas que experimentarían el resentimiento de los Mejicanos; pues un numeroso destacamento que marchaba de Zempoala á la capital habia sido destruido por los pueblos de Tepeaca; y una partida menor, que volvia de Tlascala á Veracruz con la parte del botin que correspondia á la guarnicion, fué sorprendida y hecha pedazos en las montañas. En el momento en que los Españoles estaban reducidos á un número tan corto, estas pérdidas eran sumamente sensibles, y Cortés estaba sobre todo muy mortificado, porque con ellas se hacia mas difícil la ejecucion de los planes que meditaba. Los enemigos que tenia en su ejército, y aun muchos de los Españoles que todavía le conservaban afecto, juzgaban que los desastres que acababa de sufrir debian detener absolutamente el progreso de sus armas, y creian que

Año de
1520.

no podia tomar otro partido que el de dejar incessantemente un pais cuya conquista habia emprendido con fuerzas insuficientes; pero Cortés, tan constante en ejecutar como ardiente en emprender, permaneció firmemente apegado á su primero y gran proyecto de someter el imperio de Méjico á la corona de Castilla. Por recia é inesperada que fuese la pérdida que habia experimentado, no veia en ella un motivo bastante para abandonar las conquistas que habia hecho, ni para renunciar á proseguir sus operaciones con la esperanza de mejor resultado. La colonia de Veracruz estaba intacta, y ni aun habia sido atacada: los pueblos de Zempoala y de los distritos vecinos no habian dejado entrever señal alguna de separarse de él; los Tlascaltecas se mantenian fieles, y podia esperar poderosos socorros de esta nacion, enemiga implacable de los Mejicanos, y cuyo espíritu guerrero podia ser fácilmente puesto en accion. Tenia ademas á sus órdenes un cuerpo de Españoles tan numeroso como el que le sirvió para abrirse camino hasta el centro del imperio, y para apoderarse de la capital; finalmente, con las ventajas que le proporcionaban una mayor esperiencia y el mejor conocimiento del pais, no desesperaba de poder recobrar pronto lo que acababa de perder por la fatalidad de los acontecimientos.

Lleno de estas ideas, manifestó tanto miramiento por los gefes de Tlascala, y les hizo tantos regalos del rico botin tomado en Otumba, que

Año de
1520.

estuvo desde luego seguro de obtener de la república cuanto pidiese. Sacó de los almacenes de Veracruz algunas municiones y dos ó tres piezas de campaña; despachó un oficial de su confianza con cuatro naves de la flota de Narvaez á la Española y á la Jamaica, para enganchar algunos aventureros que viniesen á reunirsele, y para comprar caballos, pólvora y otras municiones de guerra; y finalmente, como estaba convencido de que intentaria inútilmente someter y conservar á Méjico mientras no se apoderase del lago, mandó preparar en la sierra de Tlascala maderas para la construccion de doce bergantines que pudiesen ser llevados en piezas á las orillas del lago, y armados y botados al agua cuando fuese necesario (1).

Pero mientras tomaba tan sabias medidas para la ejecucion de sus proyectos, un obstáculo inesperado y formidable estuvo para dar en tierra con ellos. El espíritu de sedicion y de descontento estalló de todas partes en su ejército. Muchos de los compañeros de Narvaez eran mas bien plantadores que soldados, y no habian seguido á este oficial á la Nueva España sino con la idea de formar en ella establecimientos, sin pensar en esponerse á las fatigas y peligros de la guerra. Como se habian agregado á Cortés con el mismo objeto, tan pronto como experimentaron el servicio que se exigia de ellos, se arre-

(1) Cortés, *Relat.* p. 253. E. Gomara, *Crón.* cap. 118.

Año de
1520.

pintiéron amargamente del partido que habian abrazado. Los que habian tenido la felicidad de escapar de los riesgos pasados, temblaban á la sola idea de esponerse á ellos otra vez; desde que conocieron, pues, las intenciones de Cortés, comenzaron á murmurar y á maquinarse secretamente; y haciendose mas osados de un instante á otro, se quejaron de lo imprudente que seria atacar un poderoso imperio con los débiles medios que quedaban, y pidieron resueltamente que se les dejase al instante volver á Cuba. Cortés, aunque adornado del talento necesario para saber gobernar los hombres, empleó inútilmente las razones, los ruegos y los regalos, para persuadirles ó aplacarles: sus antiguos soldados, animados del mismo espíritu que su gefe, auxiliaron en vano sus esfuerzos con el mayor calor, pues los temores eran muy violentos y habian echado profundas raices; de modo que todo lo que pudo conseguirse de los sediciosos, fué que difriesen su marcha por algun tiempo, prometiendo despacharlos luego que lo permitiesen las circunstancias.

Por no dejar que el descontento fermentase y se nutriese en la ociosidad, resolvió poner sus tropas en movimiento. Les propuso ir á castigar el atrevimiento que habian tenido los pueblos de Tepeaca atacando y destruyendo un destacamento español, segun hemos dicho mas arriba; y como este estaba compuesto en gran parte de los soldados de Narvaez, sus camaradas se determinaron

gustosos á la tal expedición por vengarlos. Cortés ^{Año de} se puso á su frente, auxiliado de un cuerpo de ^{1520.} Tlascaltecas; y en algunas semanas, despues de Agosto. varios combates y de una gran matanza de Indios de aquella provincia, los redujo enteramente. Empleó tambien muchos meses, durante los cuales esperaba de las islas un refuerzo de hombres y de municiones, en acelerar los preparativos de la construccion de sus bergantines, y en hacer algunas incursiones en las provincias circunvecinas, siempre con buen resultado. Por estos medios sus gentes se familiarizaron de nuevo con la victoria, y recobraron la opinion de su antigua superioridad. Los Mejicanos se debilitaron; adquirieron los Tlascaltecas la costumbre de obrar de concierto con los Españoles; y los gefes de la república, encantados de ver que su pais se enriquecia con los despojos de las provincias vecinas, y admirados de las pruebas de la fuerza invencible de sus aliados, de que diariamente tenian nuevos testimonios, se prestaron á todo cuanto Cortés exigió de ellos.

Todas estas precauciones, las mas prudentes que podia tomar Cortés en su situacion, no le hubieran bastado sin un refuerzo de tropas españolas. Conocia tan bien la necesidad absoluta de este socorro, que él era el principal objeto de todos sus pensamientos y deseos; y sin embargo sus esperanzas acerca de la vuelta del oficial que habia enviado á hacer reclutas en las islas eran muy inciertas y remotas; mas una serie de sucesos felices

Año de
1520.

é imprevistos hizo en su favor cuanto su sagacidad y sus talentos no hubieran podido hacer. El gobernador de Cuba, que tenia por infalible el buen resultado de la expedicion de Narvaez, despachó en su auxilio dos barcos pequeños con nuevas instrucciones, y con un refuerzo de hombres y municiones de guerra; pero el oficial á quien Cortés habia encargado el mando de la costa, tuvo la habilidad de hacerles entrar en la ensenada de Veracruz; se apoderó de los barcos, é indujo fácilmente á los soldados á seguir las banderas de un gefe mas esperto que aquel á cuyas órdenes venian (1). Poco tiempo despues, tres naves de mayor porte que las anteriores entraron separadamente en la misma ensenada. Estas hacian parte de una escuadra armada por Francisco de Garay, gobernador de la Jamaica, quien, animado del furor de descubrimientos y conquistas, como todos los Españoles establecidos entónces en América, trataba habia mucho tiempo de penetrar en algun punto de la Nueva España, para participar con Cortés de la gloria y de las ventajas que debia esperar el que sujetase aquel imperio á la corona de Castilla. Estos aventureros cometieron la imprudencia de desembarcar en una provincia en que el pais era pobre y el pueblo feroz y salvaje; y despues de haber sufrido muchas desgracias, la hambre los habia obligado á entrar en Veracruz y á ponerse á disposicion de sus compatriotas. Su fide-

28 de
Octubre.(1) B. Diaz, *cap.* 131.Año de
1520.

lidad no pudo resistir á las lisonjeras esperanzas y á las grandes promesas que habian seducido otros aventureros anteriores á ellos; y como si el espíritu de sedicion fuese entónces contagioso en la Nueva España, dejaron tambien el servicio del gefe que los habia enganchado, y se pasaron al de Cortés (1). La América no fué la única parte del mundo que le proporcionó socorros inesperados. Un barco fletado por algunos comerciantes tocó en la Nueva España; estaba cargado de municiones de guerra, que aquellos enviaban á vender esperando ganar mucho en un pais cuya riqueza comenzaba á conocerse en Europa. Cortés se apresuró á comprar una cargazon tan preciosa para él, y la tripulacion, siguiendo el ejemplo de las otras, pasó á reunirse á Tlascala (2).

Estos acontecimientos procuraron al ejército de Cortés un aumento de ciento ochenta hombres y de veinte caballos, fuerzas poco numerosas para merecer que se hiciese mencion de ellas en la historia de cualquiera otra parte del mundo; pero en la de América, en donde se nota constantemente que las revoluciones mas grandes fueron la obra de causas que parecían no haber tenido proporcion alguna con los efectos que produjeron, estas pequeñas circunstancias toman un carácter importante, porque deciden de la suerte de los reinos. Es sobre todo muy de observar que los

(1) Cortés, *Relat. pág.* 253. F. B. Diaz, *cap.* 133.(2) Cortés, *Relat. pág.* 253. F. B. Diaz, *cap.* 136.

Año de
1520.

dos hombres que mas contribuyéron á la gloria de Cortés, suministrandole socorros tan oportunamente, eran el uno su enemigo declarado que trabajaba con todas sus fuerzas en perderle, y el otro un rival envidioso que deseaba suplantarle. La historia de Cortés no presenta ejemplo alguno mas evidente de la singular felicidad que le acompañaba en todas sus empresas.

La primera ventaja que sacó Cortés de estos refuerzos fué la de poder licenciar los soldados de Narvaez que permanecian contra su voluntad á su servicio. Despues de la marcha de estos, se halló todavía al frente de quinientos cincuenta hombres de infantería, de los cuales ochenta estaban armados de mosquetes ó de arcabuces, y de cuarenta ginetes, teniendo ademas nueve piezas de campaña (1). A la cabeza de este corto ejército y de diez mil Tlascaltecas y otros Indios, emprendió su marcha ácia Méjico el veinte y ocho de Diciembre, seis meses despues de la fatal retirada que le obligaron á hacer los Mejicanos (2).

El enemigo hacia sus preparativos para recibirle. Muerto Moctezuma, los principales Mejicanos, á quienes pertenecía el derecho de elegir emperador, eleváron al trono á su hermano Quetzlavaca. Su odio conocido é inveterado contra los Españoles habria sido un título bastante para decidirlos á nombrarle, aun cuando hubiese sido

(1) Cortés, *Relat.* pág. 255. E.(2) Cortés, *Relat.* pág. 256. A. B. Diaz, *cap.* 137.Año de
1520.

menos digno de su eleccion por su valor y grandes partes. Luego despues de su nombramiento tuvo una ocasion de manifestar sus talentos dirigiendo en persona los vivos ataques que habian obligado á los Españoles á abandonar la capital; y desde que su retirada le dió tiempo de respirar, tomó medidas para impedir su vuelta á Méjico, con tanta prudencia como la que habia mostrado al echarlos de ella. La proximidad de Tlascala le proporcionó la facilidad de ser instruido de los movimientos y preparativos de Cortés: vió la tormenta que se formaba, y se preparó con tiempo á evitarla. Reedificó la parte de la ciudad destruida por los Españoles, y aumentó las fortificaciones del modo que el arte de los Mejicanos era capaz de hacerlo. Llenó sus arsenales de las armas que usaban los Indios, é hizo fabricar picas largas, armadas de las espadas y puñales tomados á los Españoles, con el objeto de emplearlas contra la caballería. Exhortó á todos los pueblos de las provincias á tomar las armas contra sus opresores; y para animarlos á una vigorosa resistencia, les prometió la esencion de todos los tributos impuestos por sus predecesores (1).

Mas á lo que principalmente se dedicó, fué á inutilizar las ventajas que los Españoles sacaban de su amistad con los Tlascaltecas. Trató para esto de persuadir á los gefes de la república que renun-

(1) Cortés, *Relat.* pág. 253, E. 254. A. Bernal Diaz, *cap.* 140.